

Kama Sutra

El arte indio del amor

Mallanâga Vâtsyâyana



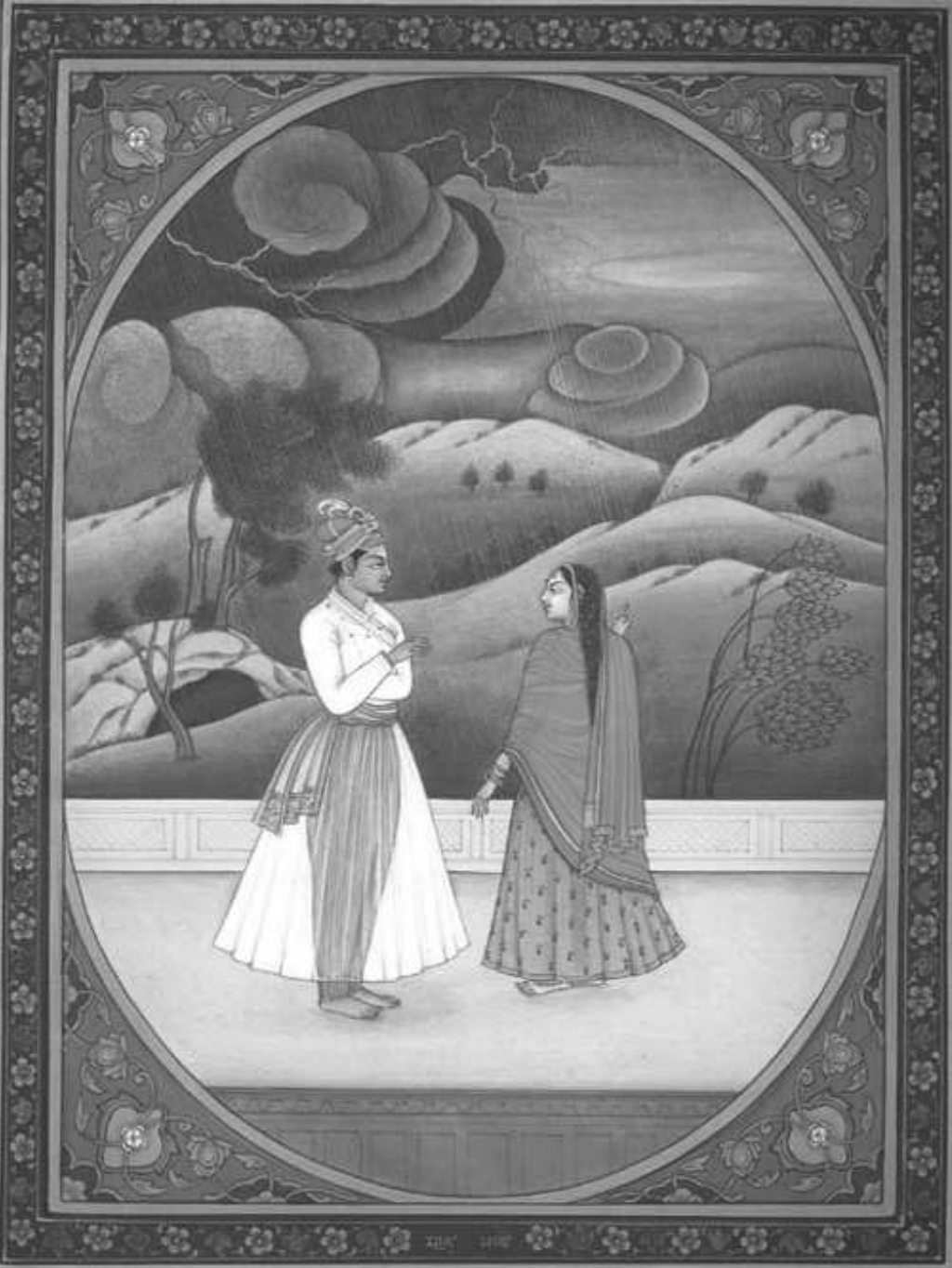
Editorial ELA

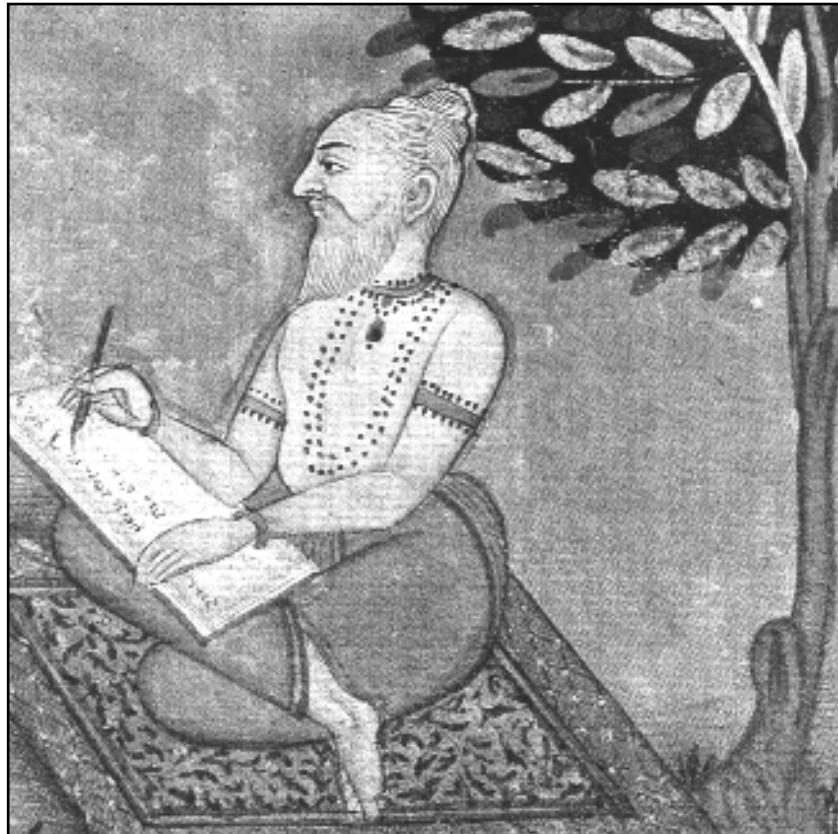
www.libreriaargentina.com

Índice

Presentación	9
Parte general. Sadharana	
Capítulo I. Los tres fines de la vida: Dhrama, Artha y Kama.	13
Capítulo II. Las sesenta y cuatro artes.	16
Capítulo III. La vida del hombre de mundo.	20
Capítulo IV. Las amantes, los amigos y la función de los alcahuetes.	24
Parte segunda. Samprayogika	
La unión erótica, los abrazos	
Capítulo I. Descripción del placer según las dimensiones de los miembros, la duración y el temperamento, distintas clases de amor.	29
Ampliación del traductor para la presente edición. Detalle sobre las posturas en el hombre y en la mujer.	33
Capítulo II. Análisis de los abrazos.	39
Capítulo III. El beso	42
Capítulo IV. De las distintas formas de arañar.	46
Capítulo V. El mordisco amoroso, sus reglas.	48
Capítulo VI. Las distintas posturas en la unión.	52
Capítulo VII. Los golpes y los gemidos adecuados.	55
Capítulo VIII. Las iniciativas de la mujer durante la unión, “El amor como hombre”	58
Capítulo IX. Auparishtaka o el amor con la boca.	62
Capítulo X. Inicio y final de la unión.	66
Parte Tercera. Kanya Samprayuktaka	
Las relaciones con las doncellas	
Capítulo I. Normas para pedir en matrimonio.	73
Capítulo II. Cómo inspirar confianza a las doncellas.	76
Capítulo III. Cómo cortejar a una jovencita.	80
Capítulo IV. El cortejo, por parte de un hombre, sin intermediarios.	84
Capítulo V. Distintas formas para lograr contraer matrimonio.	88
Parte Cuarta. Bharyadhikarika	
La relación con las esposas	
Capítulo I. La mujer cuando es esposa única.	93
Capítulo II. Cómo debe comportarse la esposa más anciana con las otras mujeres	97
Parte Quinta. Paradika	
Las relaciones con las esposas de otros hombres	
Capítulo I. Las esposas de otro hombre	105
Capítulo II. Fórmulas para intimar	109
Capítulo III. Comprobando la disposición de ánimo	112

Capítulo IV. Las funciones de una alcahueta	114
Capítulo V. Las aventuras sexuales de los señores	118
Capítulo VI. Como es la vida de las mujeres en el harem	121
Parte sexta. Vaisik	
Las cortesanas	
Capítulo I. Del examen de los amigos, de los hombres con los que hay que verse o no y de las razones para establecer una relación.	129
Capítulo II. Cómo complacer al amante	132
Capítulo III. Métodos para obtener dinero	135
Capítulo IV. La reconciliación con un antiguo amante	138
Capítulo V. Los distintos tipos de beneficios	141
Capítulo VI. Calcular las ganancias y las pérdidas, examinar las consecuencias y las dudas y de los tipos de prostitutas	144
Parte séptima. Aupamishadika	
Las artes de seducción y las doctrinas secretas	
Capítulo I. Como hacerse atractivas para el amor	151
Capítulo II. Como revivir el deseo que se apaga	155





El sbio Vâtsyâyana, autor de esta compilación

Presentación

Que se reconozcan los méritos de la Ley Sagrada, el Dharma, de lo que es Útil, el Artha y del Amor, el Kama, y de la relación que existe entre ellos, es de lo que habla este tratado.

Que se reconozcan también los méritos de los maestros que han expuesto estas doctrinas.

Al principio, Prayapati el creador, después de haber creado a todos los seres vivos, propuso en cien mil capítulos las normas para conseguir los tres fines de la vida. Estas normas son, para las criaturas, el fundamento de su existencia.

Más tarde, Manu Svayambhuva acotó una parte, la que se refiere a la Ley Sagrada; luego Brihaspasti separó la que hace referencia a lo Útil, el poder y Nandin, siervo de Mahadeva, expuso por separado el tratado sobre el Amor en mil capítulos.

Más tarde Svetaketu, hijo de Uddalaka, abrevió este tratado a quinientos capítulos y posteriormente Babhravya, de Pañcala, resumió la obra en ciento cincuenta capítulos. Estos están divididos en siete secciones:

1. Sadharana: parte general
2. Samprayogika: la unión erótica, los abrazos, el sexo.
3. Kanya Samprayuktaka: las relaciones con las doncellas
4. Bharyadhikarika: la relación con las esposas
5. Paradika: las relaciones con las esposas de otros hombres.
6. Vaisika: las cortesanas
7. Aupamishadika: las artes de seducción y las doctrinas secretas.

De este resumen, Dattaka trató por separado la sexta sección, dedicada a las prostitutas, a petición de las cortesanas de Pataliputra.

Charayana, siguiendo su ejemplo, expuso en obra separada la parte general; Suvarnanabha, la parte sobre la unión erótica; Ghotakamukha, la de las relaciones con las doncellas; Gonardiya, la de las mujeres casadas; Gonikaputra, la de las esposas de otro; y Kucumara, las doctrinas secretas.

Y así, escrita trozo a trozo por muchos maestros, la obra de Babhravya cayó casi en desuso. Llegados a este punto, ya que las secciones del tratado elaboradas por Dattaka y otros autores son trabajos fragmentarios y el texto de Babhravya es difícil de estudiar por su extensión, Vatsyayana compuso este Kama Sutra, resumiendo toda la materia en un pequeño libro.

Parte general

Sadharana

Capítulo I

Los tres fines de la vida: Dharma, Artha, Khama

El hombre, que puede vivir cien años, debe distribuir su tiempo y dedicarse a los tres fines de la vida: virtud, riqueza y placer, subordinados entre sí y de tal forma que uno no interfiera con el otro.

De niño procure adquirir cultura y aspectos análogos de lo útil, el poder, la educación.

Durante la juventud que se entregue al Amor y al placer y en la vejez, a la Ley Sagrada y a la Liberación.

O, dada la incertidumbre de la vida, puede dedicarse a cada uno de éstos, cuando tenga oportunidad. El periodo juvenil de estudios, sin embargo, debería durar hasta terminar la instrucción.

Dharma: Actuar conforme a la Ley Sagrada consiste en fomentar algunos actos, como los sacrificios a los dioses, que no se cumplen por necesidad, ya que no pertenecen a este mundo y no se perciben las ventajas y en descartar, siempre según las doctrinas. Actos como alimentarse de carne, que se suelen realizar, pertenecen a este mundo y se perciben los resultados. La Ley Sagrada se puede aprender en los textos de la Revelación y estando en contacto con personas expertas.

Artha: El poder, es procurarse cultura, tierras, oro, ganado, grano, enseres, amigos y cosas parecidas y aumentar lo que ya se ha obtenido. Se aprende del comportamiento de los oficiales del rey y por los mercaderes y comerciantes.

Kama: El Amor, el placer, es gozar de los sentidos, buscar lo agradable a la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto. Todos los sentidos son importantes en su ámbito, pero gobernados por la mente unida al alma.

Pero, en concreto, el placer es la sensación adecuada, rebosante de la alegría que brota de la conciencia y es rica en resultados, relacionada con un contacto especial.

Esto se puede aprender en el Kama Sutra y frecuentando gente de mundo.

Cuando la Ley Sagrada, el poder y el placer entran en conflicto, la que precede es siempre más importante.

El poder como riqueza, sin embargo, es lo más importante para un soberano, porque en ello se funda el curso regular del mundo y también para una cortesana.

Así se consiguen los tres fines de la vida.

Alguien puede objetar:

“Si la Ley Sagrada no pertenece a este mundo, es conveniente la exis-

tencia de un tratado que la esponga; y esta observación vale también para el poder, dado que, para triunfar, se necesita un método, y éste se consigue con un manual. Pero el Amor, por el hecho de que se efectúa espontáneamente hasta en los animales, por ser una cosa innata, no necesita un tratado; es la opinión de algunos expertos”.

Sin embargo, dice Vatsyayana:

“Como depende de la unión erótica de un hombre y una mujer, exige un método, que se consigue con el Kama Sutra. Entre los animales, por el contrario, la vida sexual no necesita métodos, porque las hembras no se mantienen escondidas; el apareamiento tiene lugar, hasta la satisfacción, durante el periodo de celo y las uniones no se acompañan de reflexión alguna”.

Otros sostienen que:

“No se deben realizar las acciones recomendadas por la Ley Sagrada, pues sólo en el futuro producen resultados, por otra parte inciertos. ¿Quién, si no es tonto, daría a otro lo que tiene en la mano? Es preferible un pichón hoy que un pavo real mañana; mejor una moneda de oro segura que un collar de oro incierto”, esta es la opinión de los materialistas.

Vatsyayana sostiene, por el contrario, que: “Se deben realizar las obras previstas por la Ley Sagrada, pues las escrituras no pueden suscitar dudas. Vemos que los sortilegios y los exorcismos tienen éxito a veces; las constelaciones, la luna, el sol y el conjunto de los planetas parecen actuar en beneficio del mundo, como si razonaran. Además, el curso regular del mundo está determinado por la observancia de las normas sobre las clases sociales y sobre los estadios de la vida y es evidente que la simiente que tenemos en la mano se tira en función de la cosecha futura”.

Incluso para algunos:

“No conviene realizar acciones relacionadas con lo Útil, el poder, puesto que los beneficios, incluso perseguidos con gran esfuerzo, no se consiguen nunca o se pueden presentar, sin que se uno los busque”.

“Dado que todo es obra del destino, éste en realidad lleva a los hombres a la riqueza o a la pobreza, al éxito o al fracaso, a la felicidad o a la aflicción. El destino ha transformado a Bali en Indra, el destino lo ha destronado; siempre el destino lo volverá a colocar en su pedestal”.

Esto es lo que sostienen los fatalistas.

Es la opinión de Vatsyayana: “Un método, por el contrario, es el fundamento de toda actividad, pues ésta presupone el esfuerzo del hombre. Dado que hasta el beneficio más seguro depende de algún factor, un hombre inactivo no puede ser afortunado”.

Para algunos, por último:

“No se deben llevar a cabo acciones relacionadas con el Amor, pues se enfrentan con la Ley Sagrada y con el poder, que son las cosas más impor-

tantes y por tanto, con las personas honestas, ya que inducen a un hombre a tener contactos con gente indigna, a iniciativas perversas, a la impureza y comprometen su futuro. Provocan, además, negligencia, ligereza, desconfianza y exclusión por parte de los demás. Se oye hablar de muchos esclavos del Amor, que han tenido un final horrible, junto con los de su entorno; así Dandakya, rey de los Bhoja, que por amor violó a la hija de un brahmán, terminó arruinado con su estirpe y con su reino. Y baste pensar en el rey de los dioses con Ahalya, en el poderosísimo Kicaka con Draupadi, en Ravana con Sita, y en muchos otros, que vivieron más tarde: esclavos del Amor, como puede verse, gravemente castigados. Es lo que sostienen los defensores de lo Útil, los pragmáticos”.

La opinión de Vatsyayana es:

“En realidad, las acciones relacionadas con el Amor tienen la misma naturaleza que la comida, ya que contribuyen al sostenimiento del cuerpo y son fruto de la Ley Sagrada y de lo Útil. Pero conviene aprender cómo evitar las consecuencias negativas. Efectivamente, no se dejan de poner las ollas en el fuego porque haya monjes mendicantes; ni se renuncia a sembrar cebada porque haya cervatillos”.

Valgan unas estrofas sobre el particular:

“Un hombre que se dedique, como hemos indicado, a lo Útil, al Amor y a la Ley Sagrada logrará una felicidad sin espinas, infinita, tanto aquí en la tierra como en el otro mundo”.

“Los sabios se ocupan de las acciones en las que no hay dudas sobre las consecuencias y en las que se encuentra una satisfacción sin ocasionar perjuicio alguno a lo Útil”.

“Toma la iniciativa que resulte eficaz para realizar los tres fines de la vida, o al menos dos, o incluso uno; pero no perjudiques a los dos que quedan”.

Capítulo I

Descripción del placer según las dimensiones de los miembros, la duración y el temperamento, distintas clases de amor

Los distintos tipos de amante masculino, en relación con su órgano sexual son: liebre, toro, caballo.

La mujer, igualmente puede ser: cierva, yegua o elefante.

Cuando la relación tiene lugar a la par, se dan tres uniones iguales, en el caso contrario, existen seis desiguales.

Entre las desiguales, si la preponderancia es del hombre, cuando la relación se efectúa entre categorías contiguas, son posibles dos uniones altas. En categorías no contiguas, existe una sola unión superior.

Si la preponderancia es de la mujer, por el contrario, entre categorías contiguas, se dan dos uniones bajas y no contigua, una unión inferior.

Entre éstas, las uniones iguales son las mejores; las peores, las marcadas por el comparativo. Las otras son moderadamente buenas.

Incluso en una situación media, una unión definida como “alta” para el hombre es preferible a una definida “baja”.

Son las nueve uniones según las medidas.

Quien, en el momento de los abrazos, del acto sexual, está desgana- do, tiene poca virilidad y no aguanta los azotes cariñosos es un hombre de pasión débil. En antítesis con esto hay amantes de pasión moderada o ardiente; y lo mismo vale para la enamorada. También en esto, como respecto a las medidas, los tipos de unión son nueve.

En relación con la duración, los amantes hombres pueden ser rápidos, medios o lentos.

Hay diversidad de opiniones respecto a la mujer.

Para Auddalaki: “ella no consigue la satisfacción igual que el hombre, sino que su deseo viene aplacado de forma continuada por el macho”.

Este deseo produce, si viene acompañado de la alegría de la conciencia, un placer distinto, en el que la mujer tiene el conocimiento del deleite.

Por otra parte, ni siquiera el placer del hombre pertenece a las categorías definibles por un acto cognoscitivo; y no basta informarse: «¿Cómo es tu placer?»

Entonces, uno podría objetar: ¿Cómo se puede entender que el placer de la mujer es distinto? Porque el hombre, llegado al orgasmo, se para, según sus deseos, sin preocuparse de la mujer; ella, sin embargo, no se comporta igual. Esto es lo que afirma Svetaketu.

Se puede rebatir: cuando el enamorado lo prolonga mucho, las muje-

res quedan satisfechas; mientras que, si es veloz, sin reparar en que ellas hayan conseguido la satisfacción, éstas se irritan. Todo esto indica que ellas han conseguido, o no, la satisfacción. No es un planteamiento válido, pues la simple satisfacción del deseo se aprecia, si dura mucho. Y como subsiste la duda, la objeción no demuestra nada.

Svetaketu concluye:

“En la unión, el hombre acalla el deseo de la mujer; si va acompañado de conciencia, se llama satisfacción”.

Para otros, la joven consigue la satisfacción de forma continuada, desde el inicio; el hombre, por el contrario, sólo al final. Esto parece lógico; efectivamente, si ella no consiguiese el deleite, no tendría lugar la concepción. Es la opinión de los discípulos de Babhravya.

Ni siquiera el hecho de que las mujeres queden satisfechas por los amantes que lo prolongan mucho, ni al revés, basta para disipar las dudas. Se podría rebatir: si las mujeres alcanzan el placer de forma continuada, no es normal que al inicio se sientan indiferentes y sin muchas ganas; luego, gradualmente, se vuelvan apasionadas sin preocuparse del cuerpo, y al final deseen parar. Esto no quiere decir, en realidad, nada. Para el torno del alfarero, o para la peonza, el hecho de girar es algo constante, parece normal que, cuando uno de estos objetos gira, al principio sea lento, y luego, gradualmente, alcance el máximo de velocidad. En cuanto al deseo de parar, tiene lugar porque se ha terminado el semen. Por este motivo, no hay una objeción contundente.

Para los discípulos de Babhravya, las cosas están así: “Los hombres gozan al final del amor y las mujeres en continuidad; el deseo de pararse surge porque se ha terminado el semen”.

Basándonos en esto, Vatsyayana opina que: “la manifestación de placer de la mujer hay que juzgarla igual a la del hombre: ¿Cómo podría haber una diferencia de resultados, si la especie humana es la misma, y los dos buscan lo mismo? ¿Quizá por la diversidad de instrumentos y de conciencia? ¿Pero cómo? La diversidad de instrumentos es por naturaleza: el hombre es la parte activa, la mujer la parte pasiva. El agente realiza una función, la parte pasiva obtiene otra; o sea, dada la diversidad de instrumentos, hay también por naturaleza una diferencia de conciencia. El hombre queda satisfecho, cuando piensa: «Yo la conquisto»; y la mujer queda satisfecha, al pensar: «Me ha poseído»”. Esta es la opinión de Vatsyayana.

Se podría objetar: dada la diversidad de instrumentos, ¿no debería darse también una diferencia de resultados?

La diversidad de instrumentos está fundada en la desigualdad de características: agente y parte pasiva; pero la diferencia de resultados, sin base lógica, sería algo impropio, ya que no existe diversidad de especie.

Llegados a este punto, se podría objetar: los que obran juntos realizan una sola cosa; pero los dos amantes cumplen por separado su fin. Por esto, el planteamiento no es correcto. Es evidente que se consigue más de una meta a la vez, como en el choque de dos carneros, cuando rompen uno contra otro dos frutos de kapittha, o en la pelea entre dos luchadores. Si se objeta que aquí no hay disparidad entre los agentes, la respuesta es que en nuestro caso ni siquiera la diversidad es esencial; se ha dicho antes que la diferencia de instrumentos es así por naturaleza. Lo que nos lleva a la conclusión de que los dos amantes alcanzan también igual satisfacción.

Concluye Vatsyayana: Ya que la especie no es distinta, el esposo y la esposa buscan el mismo placer; por esto hay que acariciar a la mujer para que ella sea la primera en alcanzar el deleite. Demostrada la igualdad, hay, como en el caso de las medidas, nueve tipos de unión según la duración, y, basados en ésta, también según el temperamento. Los sinónimos de “orgasmo” son: placer, deleite, amor, satisfacción, pasión, eyacular, cumplir. Los sinónimos de “hacer el amor” son: relación sexual, unión, tabú, acostarse, éxtasis.

Como cada una de las uniones producidas por la medida, duración y temperamento es de nueve tipos, resulta imposible, cuando éstos se mezclan, indicar los distintos modos del amor, son amplísimos.

En cada uno, dice Vatsyayana, se deben usar con criterio las iniciativas eróticas. Durante la primera unión el hombre es ardiente y veloz, al contrario que en las sucesivas. La mujer, sin embargo, es al revés, hasta que se termina el semen.

Se suele decir que el hombre agota el semen antes que la mujer. Por el hecho de ser tiernas, gracias a las caricias y por naturaleza; las mujeres llegan al placer de prisa, así lo han establecido los maestros.

Hasta aquí los sabios han expuesto la doctrina de la unión: para enseñar a los menos preparados, pasemos ahora a una descripción detallada.



Capítulo VIII

Las iniciativas de la mujer durante la unión “El amor como el hombre”

Si la mujer advierte que el amante está cansado por su continua entrega, pero que aún no ha apagado su deseo, puede, con su consentimiento, ponerlo debajo y prestarle ayuda con el “*amor como el hombre*”; o adoptar esta función por propia iniciativa, deseosa de poner en práctica algo particular, o por curiosidad del enamorado.

En este caso la mujer, levantada por el amante siempre unido a ella, lo ponga debajo, de tal forma que la unión no experimente interrupciones en el placer y continúe ni más ni menos que como había empezado.

Es la primera forma; la segunda se efectúa si, al volver a empezar, la mujer asume esta parte desde el principio. Esparciendo las flores que adornan sus cabellos y con una risa rota por los suspiros, ella apriete, para acercarse a la cara, el pecho del amante con sus senos y agache varias veces la cabeza. Al actuar de esta forma, devolverá los mismos gestos que él había desplegado anteriormente. Dirá: «*¡Me has ganado, ahora me toca a mí!*», riendo, amenazando y pegándole y de nuevo, mostrará recato, cansancio y deseo de pararse. Debe hacer el amor tomando las mismas iniciativas que el hombre y que ahora expondremos.

Mientras la enamorada está en la cama y parece distraída por sus palabras, el amante le desatará el nudo de la falda; si ésta opone resistencia, le aturdirá besándole en las mejillas. Una vez excitada, la tocará en varios sitios. Si es la primera vez que se une a él, la acaricie entre los muslos, que ella mantendrá apretados; si es una doncella, también en los senos, en las manos, en los sobacos, en los hombros, en el cuello, partes que ella intentará cubrirse. Cuando se trata de una mujer sin escrúpulos, según las costumbres y circunstancias.

Para besarla, la agarre con violencia, haciendo copa con los dedos, por la melena y por la barbilla. La enamorada, si se trata de la primera unión con él, o de una doncella, se muestre vergonzosa y cierre los ojos.

Durante la unión él intente descubrir, por la forma de comportarse, cómo se la puede satisfacer. Cuando la coge, debe apretarle con las partes a las que ella dirige la mirada. Es el secreto de las jóvenes, dice Suvarnanabha.

El cuerpo se relaja, los ojos están cerrados, se ha perdido todo pudor, la unión es muy intensa; éstos son, para las mujeres, los signos del orgasmo. En caso contrario, una enamorada mueve las manos, suda, muerde, no permite al hombre que se levante, le pega con el pie y al final del amor, prosigue más allá que el hombre. Para evitar esto, el amante debe, antes de pose-



erla, excitar con la mano, reuniendo la yema de los dedos, sus partes íntimas, hasta que se lubrifiquen, y luego penetrarla.

Estas son las iniciativas del hombre durante la unión: *Acercamiento, aleteo, puñal, muela, presión, golpe de viento, embestida del jabalí, embestida del toro, juego del gorrión, copa*.

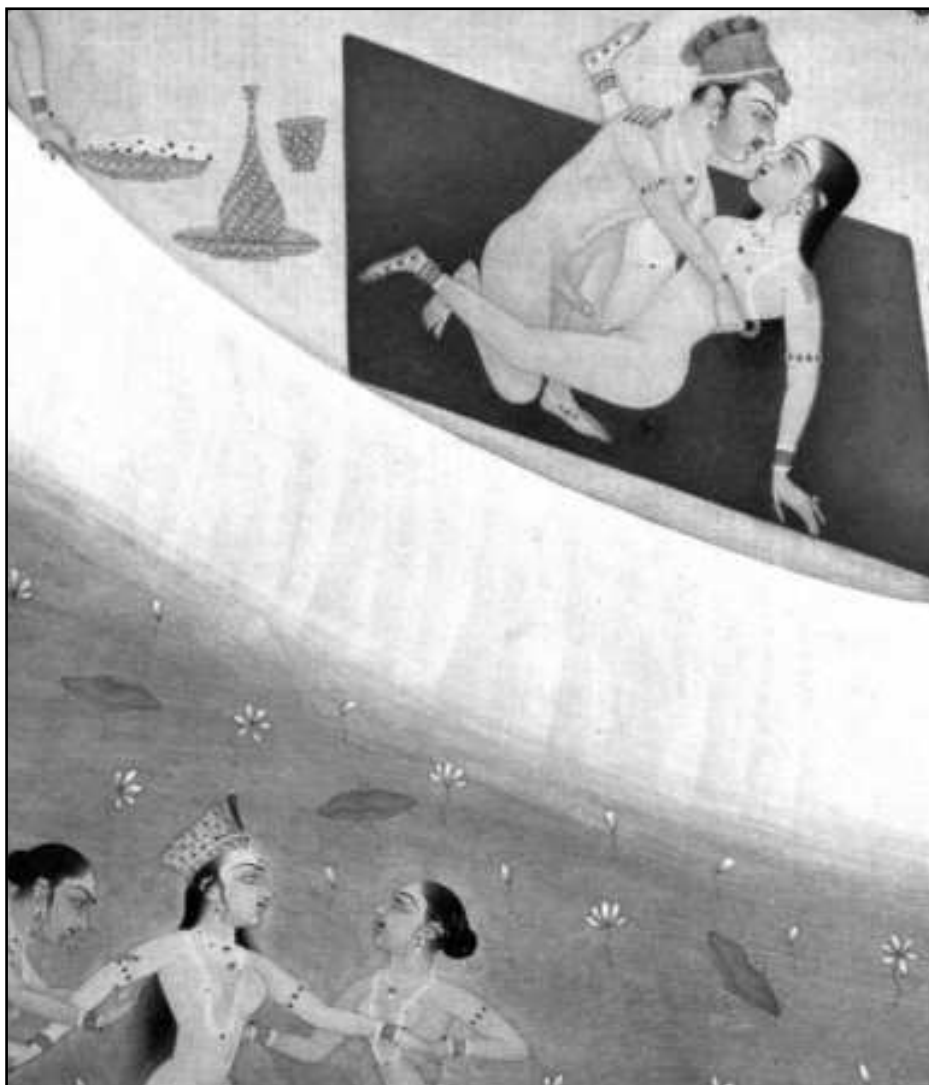
El acoplamiento común, directamente, es el “*acercamiento*”.

Cuando él menea con su mano el pene hacia todas partes es el “*aleteo*”.

Si, colocado el pubis de la mujer debajo, la posee desde lo alto, es el “*puñal*”.

Lo mismo que en la postura invertida, con ímpetu, es la “*muela*”.

Si la traspasa, y luego sigue apretando durante bastante tiempo, resulta la “*presión*”.



Cuando, sacando bastante el pene, el hombre baja con ardor su pubis, se tiene el “*golpe de viento*”; la “*embestida del jabalí*”, cuando se frota con mucha insistencia en una parte sola.

Esto último, hecho continuamente sobre ambas partes, es la “*embestida del toro*”.

Cuando, sin interrumpir la unión, se para un poco y pega dos, tres, cuatro golpes, es el “*juego del gorrión*”, que tiene lugar al final del amor.

Si la mujer hace el papel del hombre:

La “*copa*” es la acción expuesta anteriormente.

El “*torno*” se consigue cuando la mujer, teniendo el pene en la forma ya descrita de la yegua, insiste bastante con atraerlo hacia ella o en apretarlo. Si, unida al amante, se mueve como una rueda, es la “*peonza trompo*”, que se consigue con la práctica. En este caso el hombre tiene que levantar su pubis.

Si, por último, ella menea para todas partes la pelvis, balanceándole, es el “*columpio*”.

Siempre unida al amante, la mujer apoye la frente contra la frente y descanse. Cuando se recupere, el hombre se vuelva de nuevo.

Son los distintos modos de hacer el amor como el hombre.

Valgan unas estrofas sobre el particular:

“Aunque esconda su propia naturaleza y estén cubiertas sus expresiones, la enamorada desvela su sentimiento, por la pasión, cuando está encima”.

“Qué característica tiene la mujer y cómo desea el deleite se deduce perfectamente de su comportamiento”.

“Pero no se permita el amor como el hombre a una mujer en el periodo fecundo, ni a una parida, ni a una “cierva”, ni a una encinta, y ni siquiera a una demasiado gorda”.

Capítulo III

Comprobando la disposición de ánimo

Cuando un hombre empieza a cortejar, tiene que comprobar el comportamiento de la mujer y así se dará cuenta de su disposición de ánimo.

Si ella no esconde sus intenciones, conquistela enviando a una alcahueta.

Cuando no acepta que le cortejen, pero vuelve a encontrarse con él de nuevo, se debe saber que está indecisa y hay que conquistarla de forma gradual.

Si rechaza los halagos, pero se viste elegantemente y va así a hacerle una visita, quiere decir que el hombre tiene que poseerla a la fuerza cuando estén solos.

Si permite que le cortejen cuanto uno quiera, pero incluso después de haber pasado mucho tiempo no se entrega, es una mujer a la que le gusta que le colman de atenciones, aunque sea inútilmente, entonces, se la puede vencer cortando toda relación, ya que la mente humana es inconstante.

Si una vez cortejada, se retrae, no se encuentra con él, pero tampoco lo rechaza, ya que respeta, tanto en el hombre como en ella, la dignidad y el orgullo, es una mujer a la que se puede seducir con mucho esfuerzo, gracias a una profunda intimidad; se la conquistará recurriendo a una alcahueta que conozca bien sus puntos débiles.

Si es objeto de atenciones y las rechaza de forma zafia, conviene dejarla. Cuando demuestra afecto, aunque haya sido poco amable, se puede intentar convencerla.

Si por algún motivo se deja tocar, como si se diera cuenta, es que está indecisa; entonces se la puede seducir con constancia y paciencia.

Si una mujer aparece echada junto a él, el hombre, fingiendo dormir, apoye la mano en el cuerpo de ella. En caso de que ella, simulando también sueño, finja no darle importancia, pero lo aleje al despertarse, es porque desea otras atenciones.

Quiere decir lo mismo cuando uno pone su pie en el pie de ella. Si esto funciona, el hombre vaya más lejos e intente abrazarla mientras duerme. Si ella no lo consiente y se levanta, pero al día siguiente aparece como de costumbre, quiere decir que desea que la cortejen; de lo contrario hay que conquistarla recurriendo a una alcahueta.

Cuando durante mucho tiempo no se hace ver, pero luego se encuentra con él como si nada hubiera pasado, se la puede conquistar.

A la mujer que haya dado muestras de aceptación y revelado sus intenciones, puede dar muestras de sus intenciones, cuando no se la corteja,

le traicionan sus expresiones y aparece en lugares apartados, cuando habla temblando y con balbuceos; cuando le sudan los dedos de la manos y de los pies y la cara.

También cuando tiene interés en darle masajes en la cabeza y en las piernas. Tocada de amor, mientras hace sus prestaciones de masajista con una mano, con el otro brazo busca el contacto con el cuerpo y lo envuelve. Cuando como si estuviera confusa o cegada por el sueño, le toca con los muslos y con los brazos y se detiene así un buen rato. Cuando roza la frente en sus muslos. Si le pide que le dé masajes en la ingle, no lo rechaza; apoya una mano, sin moverla y cuando la aprieta fuerte entre las piernas, la retira después de pasado un rato.

Cuando acepta este cortejo del hombre y al día siguiente vuelve a darle masajes.

Cuando no se encuentra con él muy a menudo, pero tampoco lo evita.

Cuando están solos, le revela su disposición de ánimo; e incluso en lugares no privados, sin ningún pretexto, abiertamente.

Si nadie puede acercarse a ella sin que esté un criado a su lado y a pesar de que el hombre haya mostrado claramente sus intenciones, no cambia de actitud, hay que conquistarla a través de una alcahueta que conozca sus puntos débiles.

Pero, si le da esquinazo, conviene que reflexione sobre lo que conviene hacer.

Este es el examen de la disposición de ánimo.

Valgan unas estrofas sobre el particular:

“Al comienzo, conviene conocerla, luego se inicia una conversación y en el transcurso de la misma, se captan las intenciones recíprocas”.

“Si por las respuestas entiende que sus insinuaciones encuentran eco, un hombre cortejará a una mujer sin ningún tipo de reparo”.

“A la mujer que con su actitud demuestra ya su inclinación hay que cortejarla de entrada la primera vez que uno se la encuentre”.

“La que recibe pequeñas atenciones y da respuestas muy claras a las mismas, conviene saber que ya está vencida; es una que desea el placer”.

“Hay una regla muy sutil para la mujer firme, tímida o a examinar: ya están conquistadas las que tienen una actitud clara”.

Capítulo IV

Las funciones de una alcahueta

Un hombre se puede acercar, a través de una alcahueta, a la mujer que ya ha demostrado actitudes y expresiones de beneplácito, pero que no se hace ver y a la que no conoce.

La alcahueta busque entrar en su casa con un tacto irreprochable y alegre su vida contándole episodios inventados, desvelándole distintas formas para fascinar a los hombres y contando hechos acaecidos en el mundo, cuentos escritos por artistas e historias de adulterio.

Haláguela ensalzando su belleza, cultura, elegancia y buen carácter, y le insinúe el lamento, diciendo: «¿Cómo es posible que una persona como tú tenga un marido así?» Exclame: «¡Querida, no es digno ni de ser tu esclavo!»

Cuando ya se la haya ganado, hable insistentemente, de la débil pasión de su esposo, de sus celos, de la falsedad e ingratitud. Acúsele de que no le gustan los placeres, de avaricia, de inconstancia y de cuantas otras culpas escondidas se pueden encontrar en él.

Que se fije en el defecto que más le molesta e insista en el mismo.

Si la mujer es una “cierva”, le conviene un esposo hombre “liebre”; un argumento parecido vale para la “yegua” y la mujer “elefante”, con sus iguales.

Gonikaputra opina que, una vez conseguida la confianza de una mujer, un hombre puede acercarse a ella por los buenos oficios de una alcahueta, si es el primer adulterio que comete o es de índole compleja.

La alcahueta le cuente las aventuras de ese hombre y sus amores, pintándoselos bien.

Y, cuando ya la vea en un adecuado estado de ánimo, le exponga astutamente sus intenciones, expresándose así: «Escucha, querida, te vas a sorprender. Parece que ese tipo, un joven de familia bien, lo ha visto en un sitio y se ha quedado trastornado. Es muy sensible, pero nunca hasta ahora había sentido algo así; está atormentado, e incluso podría morir.»

Así tiene que sonar la descripción. Conseguido esto, al día siguiente, si nota buena disposición en su voz, en su rostro y en su mirada, prosiga la conversación.

Relate delante de ella las peripecias de Ahalya, Avimaraka, Sakuntala y cosas parecidas, y otras historias populares, adecuadas a las circunstancias.

Describa la virilidad del enamorado, su maestría en las sesenta y cuatro artes, su éxito con las mujeres; y cuente sus amores secretos, reales o no, con una señora muy estimada, y se fije en la reacción de la mujer.

Reacciones favorables son: cuando vuelve a ver a la alcahueta y le dirige la palabra, la invita a sentarse, la pregunta dónde ha estado, dónde ha dormido, comido, paseado o qué ha hecho.

Cuando se deja ver a solas; cuando le solicita una historia corta.

Cuando está pensativa, suspira y bosteza; la hace regalos, se acuerda de ella en las fiestas solemnes, la deja irse con la condición de que vuelva. Exclama: «Tú que hablas siempre tan bien, ¿por qué dices cosas tan inoportunas?», con lo que la empuja a proseguir la conversación.

Cuando admite las culpas del hombre, o sea que es un mentiroso y en inconstante; desea que le cuente que se han visto antes y que han charlado, sin decirse nada personalmente y una vez que ella la expone los deseos del cortejador, se ríe como si los despreciara, pero no reacciona indignada.

Cuando la mujer muestre una actitud favorable, la alcahueta la consolidará evocando recuerdos del enamorado. Pero, si todavía no le resulta familiar, la conquistará describiendo sus cualidades y su pasión.

Svetaketu opina que la función de la alcahueta no vale para un hombre o una mujer que no se conocen ni han mostrado signos de gustarse.

Los discípulos de Babhravya sostienen que conviene a dos personas cuyas inclinaciones son ya de dominio público, aunque no se conozcan.

Según Gonikaputra, vale para los que, teniendo amistad, no conocen sus intenciones recíprocas.

Vatsyayana opina, por el contrario, que es útil incluso para los que ni se conocen, ni han revelado su estado de ánimo, ya que la alcahueta despierta confianza.

Exhiba muchos regalos ante las mujeres de este último tipo: betel, ungüento, una guirnalda, un anillo o un vestido que él le envía.

Éstos lleven, como corresponde, huellas de arañazos y de mordiscos del enamorado y otras señales. En el vestido deje la marca de manos juntas, coloreadas con azafrán.

La alcahueta muestre a la mujer hojas recortadas, que simbolicen distintos deseos, además de pendientes y rosarios con tarjetas escondidas, en las que él revela sus ambiciones; la intermediaria le apremie a intercambiar obsequios. Después de haberse intercambiado signos de beneplácito mutuo, mantengan un encuentro fiándose de la alcahueta.

Los discípulos de Babhravya opinan que esto puede tener lugar en el transcurso de una visita a un templo o de una procesión, durante unos juegos en el parque, baños, matrimonios, sacrificios, diversiones y fiestas, cuando se declara un incendio o hay confusión por un robo, si se pone en marcha el ejército de un país o la gente está distraída mirando un espectáculo, y en otras muchas ocasiones.

Gonikaputra considera que se puede propiciar fácilmente el encuen-

